

UN HOMBRE TOCA A LA PUERTA, BAJO LA LLUVIA

Obra breve en un acto

Rodolfo Pérez Valero

© 2023, Rodolfo Pérez Valero.

Todos los derechos reservados. Propiedad del autor. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra o su puesta en escena sin la debida autorización escrita de la autora.

Ownership by the Author. All Rights are strictly reserved, including any form professional or amateur, motion pictures, recitations, lecturing, public readings, radio and television broadcastings, and the right of translation into any foreign languages, without permission in writing by the author.

For performing rights, contact the author at:

Email: perezvalero@hotmail.com

www. <https://dramaturgiacubanadelexilio.org>



Un hombre toca a la puerta, bajo la lluvia

PERSONAJES

HOMBRE, joven. Está vestido de civil.

MUJER, de edad avanzada.

La acción ocurre en la sala de un apartamento. Puerta que da a la calle y dos puertas que dan al interior de la vivienda.

No hay nadie en la sala. Tocan a la puerta de la calle. De la puerta que da a la cocina, entra a escena una mujer mayor, con un delantal puesto y un pañuelito en la mano, se dirige a la puerta de la calle y observa por la mirilla.

MUJER. ¿Qué desea?

VOZ DE HOMBRE. Policía. ¿Puede abrir?

MUJER. *(Duda unos segundos)*. ¿Puede enseñarme una identificación? *(Observa atentamente por la mirilla, y finalmente abre la puerta)*.

Bajo su paraguas, sin entrar, el hombre muestra un segundo su credencial en la mano y la guarda en un bolsillo.

HOMBRE. ¿Es usted María?

MUJER. María no, mi nombre es Marina.

HOMBRE. Sí, Marina, efectivamente. ¿Puedo pasar?

La mujer asiente. El hombre entra y cierra su paraguas. Ella cierra la puerta, con un gesto le indica un asiento. Ambos se sientan. Él sonríe de manera fría, estudiada, y no suelta el paraguas. La mujer no cesa de mover el pañuelito entre sus manos.

MUJER. Disculpeme por demorarme, y por mirar y preguntarle antes, pero con ese asesino suelto no le abro a ningún hombre que no conozca. Bueno, usted es policía... Parece tan joven para ser policía.

HOMBRE. *(Sonríe)*. Estoy acabado de graduar. *(La sonrisa desaparece cuando se inclina hacia la mujer)*. Precisamente, tenemos la información de que el ejecutor de esos crímenes va a venir por esta zona. Han enviado a varios policías, y el Capitán me situó en esta casa. *(Usa el paraguas para señalar. Con voz grave)*. Usted sabe que, hasta ahora, las víctimas han sido siempre mujeres mayores... ancianas, pudiéramos decir, que, por lo general, viven solas. ¿Usted vive sola? *(La mujer asiente)*. Por eso el Capitán me envió aquí: a protegerla.

MUJER. ¿Y cómo saben que... ese hombre va a venir por aquí?

HOMBRE. *(Sonríe con suficiencia)*. Él mismo nos lo dijo. Usted es una mujer, digamos, mayor, vive sola... y, de seguro, tiene buenas pertenencias, ¿no?

MUJER. Sí... ciertas joyas que conservo de cuando vivía mi esposo, y algunos regalos que me ha hecho mi hijo. Pero ¿cómo ese hombre puede saberlo?

HOMBRE. Parece que hace algunas investigaciones antes de actuar. Y no es difícil. En un barrio la gente habla demasiado. Solo hay que ir al mercado y escuchar. Resulta increíble de lo que se entera uno ahí. Las personas lo cuentan todo: sobre sí mismos, sus familiares, sus vecinos.

MUJER. ¿Y qué se sabe de los... asesinatos?

El hombre mira a su alrededor, estudiando el sitio. Finalmente, mira a la mujer.

HOMBRE. Que las víctimas viven solas o pasan solitarias la mayor parte del día en sus casas; siempre son ancianas de cierto bienestar económico; el asesino les roba joyas, dinero y objetos de valor. Hasta ahora, no ha forzado ni una puerta. Quizás haya entrado por una ventana, pero se supone que las propias víctimas le han abierto. Debe valerse de algún ardid para que le permitan pasar.

MUJER. Y cuando entra, ¿qué hace?

HOMBRE. Por las marcas dejadas se ha sabido que, en todos los casos, una vez que ha entrado no ha tenido prisa en matar ni, después, en irse: revisa todo a conciencia, buscando las cosas de real valor que pueda llevarse consigo.

MUJER. Y... ¿cómo hace "eso"?

HOMBRE. Mata a las ancianas para que no lo denuncien. Las degüella con un simple cuchillo de cocina, un cuchillo de la propia víctima.

MUJER. *(Se lleva una mano al cuello)*. ¿Degollándolas?

HOMBRE. Sí, así no tienen oportunidad de gritar.

MUJER. Es horrible. Habrá mucha sangre.

HOMBRE. Sí, todo se embarra *(Se frota las manos)*.

MUJER. Será un loco.

HOMBRE. Puede que no. Quizás tenga una apariencia normal, y tal vez no esté loco. Recuerde que no mata por matar, sino por robar.

MUJER. Ah, ¿y no saben cómo es?

HOMBRE. No, nadie lo ha visto.

MUJER. *(Sus manos parecen descargar las tensiones en el pañuelo)*. ¿Sabe?, no me ha explicado cómo conocieron que vendría por aquí.

HOMBRE. *(Sonríe. Toma su teléfono celular)*. ¿Me permite un segundo?

MUJER. Sí. *(Observa al hombre)*. Es usted un policía demasiado joven.

HOMBRE. *(Marca un número)*. Confíe en mí. *(La mujer baja la vista hacia el pañuelo entre sus manos)*. Teniente, soy yo. Estoy en la casa de la señora Marina, como me ordenaron. *(Parece escuchar y se vuelve a la mujer)*. ¿Sus familiares vienen todos los días?

MUJER. No, mi hijo no viene hasta mañana.

HOMBRE. *(Habla al teléfono)*. No, ella estará sola todo el día de hoy. *(Parece escuchar)*. Sí, está bien, me quedaré aquí hasta que todo termine. *(Concluye la llamada y guarda el celular. A la mujer)*. ¿Hay otras puertas de entrada a la casa?

MUJER. Sí, la que va de la cocina al patio.

HOMBRE. Hay que cerrar todo. ¿Dónde está la cocina?

La mujer se levanta del sofá. Parece nerviosa. Se acerca a una puerta con una cortina.

MUJER. *(Aparta la cortina)*. Esta es la cocina. *(Señala para la cocina, que no se ve desde el público)*. Y aquella es la puerta que da para el patio.

HOMBRE. Está abierta. Cíérrela.

MUJER. Nunca la cierro hasta que voy a dormir. ¡Cómo llueve!

HOMBRE. Cíérrela. Hay que evitar que el asesino entre por ahí.

La mujer se muestra vacilante por unos segundos, pero finalmente sale de escena a través de la cortina.

MUJER. *(Voz de off)*. Ya está cerrada. Llueve mucho.

HOMBRE. *(Desde la sala, señala con el paraguas para la cocina)*. Esos dos cuchillos son como los que usa él.

MUJER. *(Entra a escena desde la cocina)*. Es horrible. *(Como si se acordara de pronto)*. Perdóneme que le pregunte otra vez, pero ¿cómo sabe que ese hombre va a venir por aquí?

HOMBRE. En el último asesinato, en una libreta donde acostumbraban en esa casa a anotar los recados telefónicos, descubrimos que había sido arrancada una hoja pero que en la siguiente había quedado un leve surco del bolígrafo y desciframos lo que decía la hoja que faltaba. Por los trazos, se supo que no era la letra de la anciana asesinada ni de ninguno de los familiares que la visitaban. En lo que estaba escrito había varias direcciones. Y, entre ellas, la de esta calle, esta cuadra. Y como usted vive sola...

MUJER. El asesino cometió un error.

HOMBRE. (*Señala para otra puerta*). Y esta puerta, ¿hacia dónde da?

MUJER. Es mi cuarto.

HOMBRE. ¿Tendrá las ventanas cerradas? ¿No habrá en su cuarto cosas atrayentes que puedan verse desde afuera y provoquen el interés de robarlas?

MUJER. Sí, mi hijo me ha hecho regalos; pero, las ventanas... yo las cerré, porque iba a llover. (*El hombre la mira en silencio, de nuevo con esa sonrisa fría muy profesional. Ella parece dudar*). ¿Usted quiere revisarlas?

HOMBRE. Sí, es lo mejor.

MUJER. Espere. No quiero que vea mi cuarto desarreglado. (*La mujer va a la puerta, la abre y sale de escena. Al instante regresa con un pañuelo grande y lo abre ante el hombre*). Son mis joyas. (*Las muestra al hombre*). Estarán más seguras con nosotros en la sala.

El hombre echa una atenta mirada a las joyas.

HOMBRE. ¿Las ventanas están cerradas?

MUJER. Compruébelo usted mismo.

La mujer se aparta. El hombre se mantiene en la sala, pero se asoma a la habitación. Se sobresalta y se vuelve hacia la mujer. Está horrorizado.

HOMBRE. ¡¿Y ese cadáver sobre la cama?!

La mujer extrae de su delantal un gran cuchillo y se lo clava en el estómago al hombre, que deja caer el paraguas.

MUJER. Es Marina.

El hombre agarra la mano de la mujer que sostiene el cuchillo, pero ella se mantiene firme y lo clava más aún. El hombre no puede creer lo que ocurre. Se dobla. La mujer extrae el cuchillo y, con toda su fuerza, vuelve al hombre hacia la puerta del cuarto. Le pasa el cuchillo por el cuello, degollándolo. El hombre cae hacia adelante, casi todo su cuerpo queda adentro del cuarto y en escena solo se ven sus pies, en medio de temblores que se van apagando. La mujer se zafa el delantal, se limpia con él la mano y el brazo manchados de sangre, borra sus huellas del cuchillo, y deja caer el arma y el delantal sobre el cuerpo que aún se estremece. Luego, examina por un instante las joyas y anuda el pañuelo que las guarda como en una bolsa. Toma el paraguas del hombre. Con su pañuelito blanco, limpia la manilla de la puerta, toma las joyas, abre la puerta, abre el paraguas y sale.

FIN